

SUSCRICION.

MADRID.

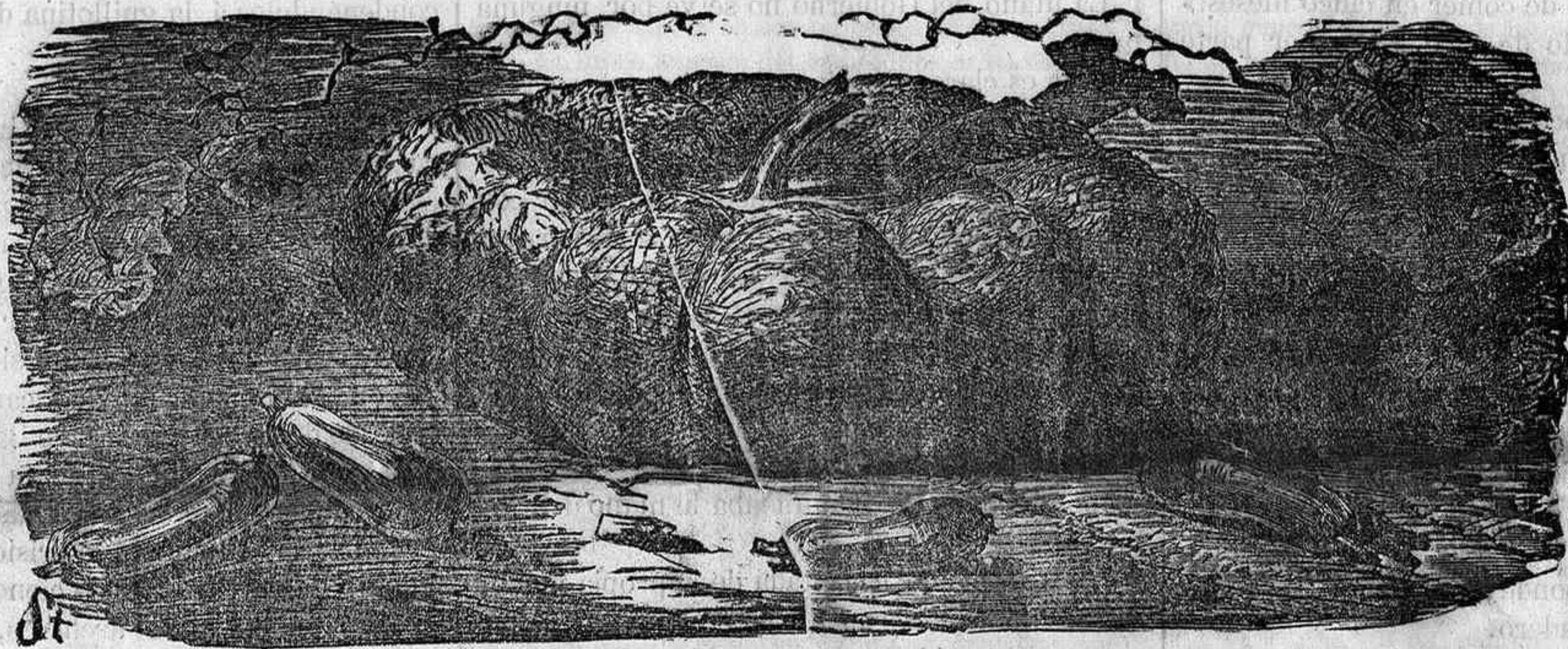
Un mes. 4 rs.
 Un trimestre. 10
 Un siglo. 3200

PROVINCIA.

Trimestre. 12 rs.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.

Tres meses. 20 rs.



SE SUSCRIBE

En la Administración,
 calle del Molino de Viento,
 13, principal, y en las
 principales librerías.

REDACTORES.

TODOS LOS ESPA-
 ÑOLES.

DIRECTOR.

VICENTE A. MAR-
 TINEZ.

NÚMERO SUELTO.

Cuatro cuartos.

LA GORDA,

PERIÓDICA LIBERAL.

ESTE PERIÓDICO SALDRÁ (SI EL TIEMPO LO PERMITE) SEIS VECES AL MES.

ADVERTENCIA.

Desde el número inmediato, cesa la venta de ejemplares de LA GORDA en provincias, y solo se admiten suscripciones. Estas podrán hacerse directamente en la administración central, ó por medio de nuestros corresponsales.

DIVERSIONES PÚBLICAS.

Yo soy un hombre salado, saladísimo, y sería, por consiguiente, una redundancia llevarme al Saladero.

Además, nunca me enfado con la Revolución, ni con el Gobierno, ni con los voluntarios de la libertad, ni con nadie.

Dejo libre el paso á la primera como castigo de Dios, hurtándole el cuerpo cuando se pone nerviosa: suele hacerme reír con frecuencia el segundo, porque me recuerdan sus actos el apólogo del que quitó el bozal á un perro, y el perro le mordió: y por lo que toca á los voluntarios de la libertad, ya se les considere como hombres que llevan fusil, ó ya como fusiles que llevan hombre, me parece su mecanismo admirable.

Respecto de manifestaciones pacíficas, la del martes contra el Nuncio de Su Santidad me ha hecho reír á lo Demócrito. Recreación humana como ella, conjunto de chistes mas gracioso, no se encontraría por mucho que se revolviere las historias revolucionarias.

Heráclito, quien por haber sido mas lloron que un sáuce, murió de hidropesía de humores, quizás habria calificado de aborto del infierno la manifestacion contra el Nuncio; de demonios desencadenados á los manifestantes; á los curiosos de pobres diablos; de qué sé yo qué al Gobierno, y de infernal la música que á todos acompañaba. Pero yo no soy así; yo soy alegre

como unas castañuelas; yo todo lo veo risueñamente; todo lo miro con la benevolencia propia de quien no pierde de vista el Saladero.

La música de la manifestacion, verbi-gracia, me parece de un doble efecto delicioso; música de esa que al propio tiempo que espanta los ratones, ahuyenta los capitales; primitiva como el silbido de las serpientes, imitativa del salvajismo, y dramática como el prelude de una degollina de curas. No bailar desde los primeros compases del jaleo nacional que se prepara, solamente se concibe en pies incapaces de ponerse en polvorosa. No exaltarse con música inspirada en parte por un espíritu sanguinario, y en parte por un espíritu alcohólico, solamente puede ser propio de estómagos tan holgazanes que no se levantan nunca, ó de cabezas tan indiferentes que ni siquiera repara en ellas la cuchilla revolucionaria.

Admirable en mas de un concepto me parece tambien la longanimidad de los que, desafiando al frío, favorecieron la manifestacion en calidad de curiosos. Quevedo, indudablemente por un olvido involuntario, no los incluyó en su pragmática contra los necios; pero todo se concilia considerándolos no mas que como pechos ingenuamente anchos, aunque dignos, por otra parte, de una tos perpétua.

Contemplada la manifestacion desde esta cuartilla que se propone no ir á la cárcel, era profundamente liberal en su esencia, agradablemente pintoresca en la forma, y de suyo fantástica. Entre los manifestantes, ciudadanos unos de poco pelo hasta en la barba, barbados otros de tal suerte, que hasta en el corazón ostentaban patillas, y casi todos ellos carne de cañon provisional, por el estilo de la de Cádiz y Málaga, pedían los mas sóbrios carne de sacerdotes, otros menos morigerados carne de Nuncio, los mas gastrónomos carne de Pontífice, y unos y otros, por via de entremés, libertad de cultos. Todo esto, arrastrando el escudo de armas de los Estados Pontificios con el gracejo propio de un derecho de gentes peculiar de los cafres; echando piropos á la religion católica, con una sal que no sería mejor, adquirida en el Saladero; os-

tentando piquetas, teas encendidas y botellas de aguarrás, emblemas sublimes todos tres de la civilizacion revolucionaria, con los cuales se trataba de civilizar el palacio de la Nunciatura; mostrando, en fin, una barbarie mas elevada que la de Atila, por cuanto nuestros bárbaros no retroceden ante el San León del siglo XIX.

Cuadro tan bucólico como el que acabo de copiar, excitará seguramente la envidia de la asombrada Europa. Fáltanle no mas para ser completo, la risueña figura del Nuncio asesinado, la perspectiva agradable de unos cuantos curas colgados de los faroles, y la imagen seductora del Gobierno provisional, cuya actitud anacreóntica se resiste á mis pinceles. Pero no todos los voluntarios de la libertad se habian dado á pintores, y á los que cortaron el vuelo de las sublimes inspiraciones de la demagogía, es debida la falta de aquellos preciosos detalles.

La risa me retoza en los labios al contemplar las figuras de los ministros en la parte de adentro de la manifestacion, hablando patriarcal y paternalmente con los manifestantes. Jacob dirigiendo la palabra á sus hijos, quienes en su calidad de jefes de las tribus de Israel solian tener entre sí varias peloterías, no se mostró nunca tan tierno.

— Venid acá, niños mimados, decian alternativamente los ministros á las comisiones; ¿á qué pedirnos mayor libertad de cultos, cuando sabeis que, empeñada nuestra palabra de caballeros de dejar ese asunto á la resolucion de las Córtes, ya hemos faltado á nuestra palabra permitiendo que se abra en Madrid una capilla protestante? (Risas en boca de Demócrito).

— Venid acá, bobalicones míos, añadia por su cuenta el *in utroque* doctor Topete: — «La Iglesia libre en el Estado libre es una tontería progresista; vale mucho mas la Iglesia esclava en el Estado libre, y eso es lo que os damos, para que el clero con sus caudales no pueda suhirse á las barbas de la libertad.» (Otra carcajada de Demócrito).

— ¿Para qué queréis, rapaciñus, les argüia á su vez Romero Ortiz, carne de curas, si *afortunada* ó *desgraciadamente* los hé dejado ya en los

huesos, no dándoles de comer en cinco meses?» (Palmadas con sonido de castañuelas por parte de los curas).

—No hay tampoco que pedirnos carne de Nuncio, les dijo el ministerio en masa; esa es carne internacional, y no está para vuestros dientes. (Gruñidos entre los manifestantes).

Observará el lector que en este cuadro también faltan algunas figuras: la del Nuncio, que se había ocultado, y las de los representantes de las naciones extranjeras, que se habían hecho presentes.

Pero si la composición del cuadro es floja, el asunto, en cambio, es fuerte, y los lectores de *La Correspondencia* y la *Gaceta* le darán el colorido que le corresponde, sin correr la eventualidad de ir al Saladero.

Demócrito y yo continuamos con la sonrisa en los labios. Esto es más cómodo; y al cabo y al fin, la demagogía, que es un excelente preceptor para el Gobierno provisional, le enseñará lo que no sabe.

Entretanto, escribo lo que me dictan, y digo: «Libertad de cultos, empobreciendo antes al clero católico y concitando contra él las iras revolucionarias, para que, ó no puedan levantar cabeza, ó se la corten si la levanta.

»Transacción por lo presente con los republicanos, sin perjuicio de fusilarlos mañana...»

—Pero, señor, advierta Vd. que ellos no son cortos sastres, y quién sabe si se anticiparán con las agujas de sus fusiles á coser lo descosido.

—Escribe lo que te dicto y nada más, reaccionario!

—Ya escribo:

«Libertad para hacer y deshacer leyes á mi antojo:

»Libertad para hacer y deshacer generales:
»Libertad para perseguir, en nombre de la Revolución, á quien me estorbe.»

¡Bravísimo! Pero Demócrito y yo continuamos riendo, porque recordamos el dicho de Séneca á su discípulo Neron:

—«Por muchos hombres que mates, no ha de estar tu sucesor entre los muertos.»

LA CIRCULAR MISTERIOSA.

APUNTES.

Hace muchos días que vino á sorprender el extrépito de la vida pública un rumor sordo, que circulando por los subterráneos de la situación, tenía atentos los oídos de los fusiles más despiertos y suspensos los ánimos más revolucionarios.

Empezaban á cargarse todas las armas de la libertad ante la tenaz insistencia de este ruido misterioso, y la Revolución estaba á punto de que se le volara el frasco, al sentirse minada por el trabajo subterráneo de una mano verdaderamente oculta.

Desde el primer momento ocurrió la idea de que pudiera andar por tan misteriosos caminos la mano del Gobierno, y semejante sospecha se dejaba caer sobre la credulidad de las gentes, con todo el peso de un argumento incontestable.

Se decía:

El Gobierno no es manco.

Esto es evidente.

La mano del Gobierno no se vé por ninguna parte.

Esto es claro.

Luego la mano que anda oculta debe ser la mano del Gobierno.

La idea de que el Gobierno pudiera andar con las manos, constituía una objeción seria para los espíritus frívolos que todavía no han penetrado en la gran trastienda de la Revolución, pero la *Gaceta*, reuniendo la revuelta turba de los documentos oficiales, daba testimonio auténtico de que todos ellos habían sido escritos con los pies.

Indudablemente aquí andaba la mano del Gobierno.

La Revolución, espantada de su propia mano, retrocedió hasta tropezar con el estado de las cosas, allí temió el golpe y combinando su valor y su miedo, gritó con la doble fuerza del terror y del heroísmo:

«Golpe de Estado.»

Este grito llegó hasta las regiones subterráneas del Gobierno; la mano de la Revolución tuvo á la vez miedo de su propio brazo; al señor Ruiz Zorrilla se le fueron los pies de su secreto, y la circular misteriosa apareció completamente desnuda en la *Gaceta*.

Esta desnudez apaciguó los ánimos inquietos y la calma volvió á los corazones, ante la majestuosa presencia de un pensamiento descamisado.

Tal es la historia.

En efecto, era la mano poderosa del Gobierno que, rasgando el velo del misterio, mostraba todo el rigor de su fuerza, señalando en los profundos rasgos de la circular la uña del león.

¿De qué se trataba?

Se trataba de un tesoro á donde la honda mina de «la desamortización, decretada por los Gobiernos liberales en las épocas revolucionarias de nuestra historia,» no había llegado todavía.

Se trataba con el mayor sigilo de que el Estado, y en su nombre el ministro de Fomento, se incautara de todos los archivos, bibliotecas, gabinetes y demás colecciones de objetos de ciencia, arte ó literatura, que con cualquier nombre estuvieran á cargo de las catedrales, cabildos, monasterios ú órdenes militares.

La circular no era más que el camino subterráneo abierto para la ejecución de ese decreto; el decreto era la llave maestra, y la circular no era más que el modo secreto de aplicar la llave.

El sigilo se hacía indispensable en una empresa de esta naturaleza; era preciso sorprender á la ciencia, al arte y á la literatura, que por todas partes se esconden humillados por la majestad de la Revolución; había que perseguirlos hasta en el último rincón de su propia casa; había que caer sobre ellos de repente, como cae el milano sobre la paloma; de golpe, como cae el hacha sobre el cuello.

Estos enemigos de la libertad fraguaban escondidos una terrible conspiración.

Los archivos incendiados, las bibliotecas destruidas, los monumentos destruidos, las ciudades arrasadas, no daban todavía completo testimonio del triunfo de la Revolución; quedaban aún objetos de arte, libros preciosos, raros manuscritos, ricos códices que se habían escapado á la justicia de las turbas, y el Gobierno, penetrando sigilosamente en los asilos que traidoramente los ocultaban, los saca á la vergüenza,

condenándolos á la guillotina de la secularización revolucionaria.

Tal es el hecho.

El Gobierno no podía dejar impune la conspiración de esos restos artísticos, literarios y científicos, audazmente salvados por sus dueños del naufragio de la desamortización, y en la imposibilidad de hacer la vista gorda, ha tenido que apelar al recurso de tener la mano larga.

El golpe ha sido seguro: ni siquiera ha podido salvarse de la justicia de la incautación una custodia oculta en la catedral de Barcelona, que sin duda, por ser de plata, se creía en el derecho de reirse del señor ministro de Hacienda.

Todo ello se reduce á la prisión preventiva de cuantos objetos de arte, de ciencia ó de literatura se escondían en los archivos, en las bibliotecas ó en las sacristías, y que bajo el título vano de propiedad legítima, poseían las catedrales, los cabildos y monasterios.

Digámoslo en musulman para que nos entienda hasta la última kabila de Marruecos: «No hay más Dios que el Gobierno, y Ruiz Zorrilla es su profeta.»

El derecho no es menos patente.

Lo primero que hizo la Revolución fué apropiarse en la fragata que el ilustre Topete mandaba, en nombre de la monarquía, fué, digámoslo así, la secularización de la marina.

Inmediatamente después la Revolución gritó «á las armas,» y las turbas invadieron los parques, los arsenales y los depósitos, y en un abrir y cerrar de ojos se verificó la secularización de las armas.

En el *mare magnum* de la riqueza pública entró la corriente desbordada de fusiles de aguja y de revolvers, que todos hemos visto vender desde dos pesetas hasta cuatro cuartos, y por uno de esos prodigios económicos de que es tan liberal la Revolución, el fusil que amenaza con la muerte, sirvió de carta de seguridad á los más miserables, para que pudieran buscarse la vida.

La riqueza particular se vió aislada y tuvo miedo; pero la Revolución la animó repartiéndola, para que de esta manera pudiera ser mejor guardada.

Tal es el derecho.

La desamortización siempre es la misma: empieza por el degüello de los frailes, se nos ofrece ahora, bajo la forma ejemplar del degüello de los curas, y acabará lógicamente por el degüello de los propietarios.

Mueran los reyes.

Mueran los curas.

Mueran los ricos.

Estos tres gritos de muerte arrancados de las entrañas de la Revolución, desembocan en este grito de vida.

Viva la libertad.

DOLORA.

—¡Atranque usted el balcon

Aunque rompa los cristales!

Que apuntan los liberales

Una manifestación.

—El jornal de la semana.

—Sin trabajar no hay salario.

—Es que soy un voluntario.

—¿Quién lo dice?
—Mi canana.
—¡Viva la Revolucion!
—Tres palos á la mujer,
Y corramos al taller
De la manifestacion.

—¡Don Nicolás! (—no contesta —)
¡Señor alcalde!
—¿Quién grita!
—¡Que el órden os necesita!
—Estoy durmiendo la siesta.
—De nuestra contemplacion
Está rebosando el vaso.
—Entonces, señores, ¡paso
Á la manifestacion!

—¡A las armas, nacionales!
Se cobra y no se trabaja.
—Ya está sonando la caja
Á los mismos siete reales.
¡Pero en esa confusion
Tendremos algun trabajo!
—¡Si el Gobierno está en el ajo
De la manifestacion!

—Antes que el tumulto estalle,
Toma jarabe de suela.
—¡No hay esta noche zarzuela?
—La zarzuela es en la calle.
—Ya comienza la funcion.
—¡Qué gritos!
—¡Que algarabía!
—¡Qué es eso?
—La sinfonía
De la manifestacion.

—¡Vivan Lutero y Mahoma!
—¡Abajo el Papa y la misa!
—¡Quede el clero sin camisa!
¡Muera el Nuncio!
—¡Muera Roma!
(En esta improvisacion
suena de repente un tiro.)
—¡No correr!: es un suspiro
De la manifestacion.

—Decrétese la ruptura
De la Iglesia y del Estado.
—Eso ya está decretado;
Ninguno tenemos cura.
—Entonces, ¿por qué razon
Doblais las guardias?
—Señores,
Es que hacemos los honores
Á la manifestacion.

VISITA DOMICILIARIA.

Madrid dormia ó callaba, y solo algunas lechuzas silbaban por encima de ciertos ministerios. Enfundados los violones de los Bufos, no salian por los ventiladores del teatro los ecos de ninguna marcha sospechosa. El voluntario de la libertad tiritaba patrióticamente en la garita, cubierto de grana y azul, como pintada mariposa. La torre de Santa Cruz, con la cabeza descubierta, saludaba por última vez á los madrileños y á la iglesia de San Millan, su compañera de infortunio. Temblaban los serenos al verse solos en una ciudad tan libre, y en el fondo de las sacristías, temblaban por el Gobierno provisional, los

huesos de los santos en sus relicarios de oro y plata. El gas, único amparo del transeunte, ardia tímidamente en los faroles; la osa mayor parecia clavada en el cénit del ministerio de Fomento, y una media luna provisional avanzaba sobre el Campo del Moro en direccion á los campanarios de la villa.

La noche hace meditar. Mis pensamientos tomaron un giro patriótico, y como las ideas liberales necesitan refrescarse para que no resulten incendiarias, hube de registrar mi pobre alhacena de reaccionario que solo contenia una botella, pero empolvada como peluca á lo Luis XV, y cubierta con una telaraña. Acerquéme á la botella con el mismo respeto que si me aproximara al señor ministro de Estado, y con un ejemplar de *El Diario Español*, la dejé limpia en un momento.

¡Horror! ¡Furor! ¡Topete! En vez de líquido, la botella contenia la espantosa figura de Asmodeo, que se encomendaba á Romero Ortiz devotamente. El Diablo Cojuelo habia pasado cerca de tres siglos embotellado, despues de su última escapatoria.

—¡Romero Ortiz! ¡Romero Ortiz y Lorenzana! repetia el espíritu.

Al oír aquellos nombres, la botella se escurrió de mis manos y el demonio quedó libre.

—¡Cuántas cavilaciones me ha costado este conjuro mágico que rompe mis cadenas! dijo abrazándome Asmodeo y desperezándose á sus anchas.

—Pídeme una gracia, añadió luciendo las suyas con un gesto diabólico.

—Pues bien, le respondí: necesito que me introduzcas sucesivamente en nueve alcobas y me hagas ver lo que piensan ahora mismo nueve hombres.

—Los conozco. Súbete en mis espaldas. Y pocos segundos despues cabalgaba en el diablo, y volábamos haciendo cabriolas.

—Toca ese corazon, dijo el diablo señalando á uno de los nuevos personajes, dormido con la sonrisa en los labios.

—¿Está muerto? No siento latido alguno.
—Es un cuerpo sin voluntad, un maniquí que se mueve al capricho de quien maneja sus resortes. Nada altera la calma glacial de que disfruta, y hace el mal sin pensar en ello. En su frivolidad, es capaz de dormirse sobre las tumbas del 22 de Junio, si el cuerpo se lo pide. ¿Quieres penetrar en su cerebro?

Vagaban por él algunas sombras; una mujer le miraba de alto á bajo. El hombre sonreía.

Nos alejamos y continuó reposando como un duque.

—Hermosa cabeza, como diria un revistero; exclamó el diablo colocándose en otra habitacion.

—Qué sueño tan poético espero sorprender, dije escuchando con atencion su pensamiento.

El de la hermosa cabeza, murmuraba únicamente:
—¡Qué situacion la mia! Esta Cuba se escurre de mis hombros....

Y se limpiaba el sudor con un pañuelo que parecia una bandera.

En la tercer alcoba se paseaba un hombre, despabilando la luz para no quedarse á oscuras, como si las tinieblas le espantaran. Sonaba bajo su frente una especie de oleaje; gritos lastimeros, descargas, vocerío popular, llegaban á su oído imitando un zafarrancho de combate.

—Yo hé despertado á la hiena, como Juan Lorenzo, decia estremeciéndose.

Y un combate marítimo, el de Trafalgar, se le representaba. Los soldados y los jefes morian como leales, y al morir le saludaban desde lejos.

La luz se apagaba, y tratando el infeliz de revivirla, una horrible y sacrilega caricatura hirió su vista, y al mismo tiempo sonó en su oído, triste y pausada, la campanilla del Viático.

La luz se extinguió: y en la oscuridad, á solas con su conciencia, cayó el hombre de rodillas.

Entonces visitamos otra casa.

Un hombrecillo, de aspecto vulgar ó popular, se frotaba las manos con deleite, tarareando la marcha

que al general Izquierdo le incomoda. Sobre un velador se veian una espada larguísima, un bolsillo roto y cartas vistas. Sonaban en las habitaciones inmediatas pasos de centinelas.

—Las puertas son seguras y hé puesto un hombre en cada hueco. Basta: soy un valiente. ¡Qué hermosa es la soledad, que le permite á uno abandonarse á sus sentimientos naturales!

El hombrecillo murmuraba:

Á Juanillo le han dado
Con un estoque;
Quien le manda á Juanillo
Salir de noche.

Poco despues se dormia tarareando:

E pif, paf, puf,
E para pata puf,
Que yo soy el célebre
General....

Y el sueño interrumpió á tiempo el estribillo.

Entramos en un aposento circular que mareaba por su forma.

Un hombre, ni feo ni hermoso; ni grueso ni delgado; un hombre, en fin, que nada de particular tenia en su persona; apoyaba en la almohada su cabeza, fatigada tal vez por el trabajo.

Era sin duda progresista, porque se veia en la pared el retrato de Sagasta, pintado al fresco en fondo lila.

Cuando el diablo me introdujo en su cerebro, me encontré con sorpresa en el interior de un cráneo vacío: allí no habia nada; allí todo estaba liso: parecia un molde de gelatina ó la bóveda de un campanario de carton.

El diablo se rió de mi asombro, sacándome de aquella ratonera para conducirme al dormitorio de un sábio.

¡Qué diferencia! En este cráneo todo era confusion y abundancia de materiales, pero apilados sin concierto: sistemas económicos, discursos tartamudeados, recibos del Ateneo, la imagen del diputado Sr. Agius, un ejemplar de *La Voz del Siglo*, bonos del Tesoro y la muleta de un amigo.

—¡Y esto es un sábio? pregunté á Asmodeo con desconfianza.

—Para convencerte, registra sus cajones.

—Tienes razon, le dije, no hay un céntimo en la casa....

—Pasemos por alto aquel otro edificio. Hé visto en una mesa revuelta el Koran y la Biblia protestante, debajo de una bula: basta de confusiones.

—Vamos, pues, hácia aquel gabinete verde, construido en forma de herradura. Pero acércate á su dueño con precauciones.

—Mejor será que me digas lo que piensa; dije al demonio, sin atreverme á pasar de la ventana.

—La direccion de los globos le preocupa.

—¿Quiere resolver el problema?

—Creando una plaza de 50.000 reales para dársela á un pariente.

—El sugeto dió un paso hácia atrás, dirigiéndose á nosotros, y huimo por el aire.

—¡Qué veo! dije al diablo contemplando un nuevo personaje. Es una degeneracion de Carlos Rubio. Examinemos su cabeza.

—¿Qué encuentras en ella?

—Veo mucho embajador, y nada en limpio.

Iba á amanecer, y el diablo en vez de despedirse, se sentó.

—¿No te vas á tu casa? le dije.

—Cómo, ¿acaso no estoy en ella? Para tu gobierno provisional, te diré, que los españoles que ahora se mueran y vayan al infierno, se encontrarán en la gloria.

FLAQUEZAS.

Dejemos por un momento la política, para conseguir una profunda averiguación filosófica.

Espartero es ya inútil, porque los perturbadores se agarran á sí mismos de la oreja y se meten en las alcantarillas.

El hecho es como sigue:

Con permiso de la Revolución, diremos que hay en Madrid un capitalista.

Este capitalista, parece mentira, tiene casa.

En esta casa, ¡oh prodigio! hay un escritorio.

Y en este escritorio, ¡oh asombro de los siglos presentes! hay una caja.

Hace mes y medio, que el capitalista oyó circular por debajo de su escritorio un ruido misterioso, que se repetía todas las noches.

El capitalista, doblando la cabeza ante el ruido subterráneo, no pudo menos de exclamar dándose una palmada en el bolsillo:

«Aquí hay una mina.»

El hombre tomó sus precauciones, y hace cuatro días que descubrió el filón, que á las cuatro de la mañana, rompiendo el pavimento del escritorio, asomó la cabeza.

Esta cabeza era la de un hombre: detrás de la cabeza salió un cuerpo, detrás otro, y detrás otro. Estos tres cuerpos formaban los tres puntos del triángulo simbólico de las sociedades secretas.

El pensamiento subterráneo se desenvolvió de tres modos.

Primeramente, formaron con la vista el triple inventario de los objetos que los rodeaban.

Después sellaron cuidadosamente, por medio de un cordel, el picaporte de la puerta.

Y por último, se dirigieron á la caja.

Entonces fué cuando el capitalista, que observaba estas misteriosas operaciones, comprendió que los tres puntos del triángulo, trataban de incautarse de la riqueza numismática, encerrada en aquel gabinete.

Y como de la discusión sale la luz, gritó: «¡fuego!» Sonó un tiro, el triángulo se rompió por un punto, y los otros dos desaparecieron por la boca de la mina.

Mirando esto por el lado de la ciencia, es un prodigio de geometría.

Visto por el lado de la literatura, demuestra lo que puede la afición á las letras.... de cambio.

Considerado artísticamente, es una investigación arqueológica y un estudio numismático.

El Código penal tiene colegios en Ceuta y en Melilla para esta clase de sabios.

Nuestra curiosidad pregunta:

«¿Están todos allí?»

El martes por la noche, la manifestación anticatólica arrancó de su sitio y arrastró por las calles el escudo de armas de los Estados Pontificios.

El suceso que antecede, como arranque diplomático, demuestra á la faz del mundo, que los extranjeros pueden quedarse muy fácilmente en España, sin escudo que los defienda.

Y como arranque financiero, levantará en los mercados de Europa el crédito de la Revolución, en cuanto se vea que en España andamos á puntapiés con los escudos.

La manifestación de la turba, se verificó el martes por la noche.

La manifestación del Gobierno, salió en la *Gaceta* el jueves por la mañana.

Si el Gobierno no fuera siempre detrás de las turbas, hubiera ido el martes por la noche delante de la manifestación.

Incluimos en el número de los sangrientos horrores que nos ha hecho presenciar la Revolución, el asesinato cometido en la persona del gobernador civil de Búrgos.

Todos los que como nosotros no han premiado ni enaltecido nunca á ningún asesino, pueden indignarse noblemente ante ese crimen.

Si la Revolución no fuera justa, ¿dónde estaría la Revolución?

La Revolución, erigiéndose en juez del crimen cometido en Búrgos, concita al asesinato en discursos, en periódicos y en estampas.

Si Marat pudiera, resucitaria, por alcanzar el sangriento honor de firmar esa sentencia.

Los insurrectos de Cuba han recibido al general Dulce con todos los honores de la insurrección.

El telégrafo se descolgó ayer tarde con estos tres días de fiesta.

HABANA 27.

Viernes.—Tranquilidad alterada.

Sábado.—Desórdenes sangrientos.

Domingo.—Restablecida.

Todas estas noticias se encadenan perfectamente.

A la tranquilidad alterada el viernes, se le hicieron varias sangrías el sábado, y quedó restablecida el domingo.

¡Oh dulce imán de las insurrecciones! ya que tienes la virtud de atraértelas, conveniente sería encerrarlas donde ellas no encontraran salida.

Supongamos que el general Dulce es el queso, y que los insurrectos de Cuba son los ratones.

¿Qué haría Vd. para coger á los insurrectos de Cuba?

Meter al general Dulce en una ratonera.

El Diario Español, que ha estado gritando por espacio de dos meses *¡abajo los Borbones!* ha aparecido estos días gritando *¡arriba los Borbones!*

Ó de otro modo: no atreviéndose ya á sacar la cara del duque, empieza á sacar la cara de la duquesa.

El Diario Español puede sacar á la vergüenza la cara de los hombres, pero debía respetar la cara de las mujeres.

Este simple juego de cosas ofrece un doble juego de cuerpos.

Cuando se presentó al duque de candidato, había el inconveniente de que tenía detrás á su muger.

Ahora que se presenta la muger, hay el inconveniente de que tiene detrás á su marido.

El Diario Español debe barajar de nuevo y pre-

sentar otro *elijan*, para ver si gana el *mamaron*.

A este cambio de caras le llama *El Diario Español* cuestión doméstica.

También ha podido llamarle cuestión de gabinete: con más propiedad cuestión de comedor, y con toda exactitud cuestión de cocina.

ANUNCIOS.

LIQUIDACION VERDAD.

M. SANTA ANA Y COMPAÑÍA.

EL MAGNIFICO REY DE LAS FAMILIAS.

ÚTIL PARA TODO Y PARA TODOS.

NO TIENE DESPERDICIO, PORQUE TODO LO APROVECHA.

¿Queréis un Borbon?

Pues es Borbon por tres costados.

¿No queréis Borbones?

Pues no es Borbon por ninguna parte.

¿Queréis un conspirador?

Pues leed su última carta.

¿No queréis un conspirador?

Pues leed su protesta.

¿Queréis un rey católico?

Será capaz de darse con un canto en los pechos.

¿No le queréis católico?

Pues será capaz de romper la crisma al primer obispo con que tropiece.

¿Queréis un rey económico?

Pues ya sabéis que es una hormiga para su casa.

¿Queréis un rey liberal?

Que lo digan los gastos de la Revolución de Setiembre.

¿Queréis, en fin, el verdadero, el nutritivo, el saludable, el ilegítimo REY DE LAS FAMILIAS? Pues acudid á la LIQUIDACION VERDAD que hoy os anuncia

M. SANTA ANA Y COMPAÑÍA.

Barato hallais en mi tienda

Un gran rey para una casa;

Se enajena, se traspasa,

Se alquila, ó se subarrienda.

CULTOS.

SANTO DEL DIA MENOS PENSADO.—La Conmemoración del degüello de los frailes.

Vísperas y completas.

Estará de manifiesto el Gobierno provisional.

ÚLTIMA HORA.

Estamos averiguando la edad del Sr. Romero Ortiz, para fijar bien el día de su excausación.

MADRID.—1869.

IMPRENTA DE NOGUERA,

Bordadores, 7.